

# Las «nuevas religiones» en Japón

José M. de Vera, S.J. \*

EL fenómeno de las nuevas religiones en Japón es tan extremadamente confuso que ni siquiera cuenta con una definición adecuada. Mientras algunos expertos comienzan sus estudios con Tenrikyo («La Religión de Sabiduría Celestial»), fundada en 1838, otros restringen el límite cronológico de las nuevas religiones a las organizaciones que nacieron inmediatamente antes o después de la Segunda Guerra Mundial. No faltan tampoco quienes hablen de «nuevas religiones» cuando se refieren a movimientos religiosos o cuasi-religiosos de las últimas décadas.

Una ojeada a las estadísticas del Departamento de Asuntos Culturales viene a aumentar nuestra perplejidad. Con una población de 123 millones, el número total de «creyentes» se eleva a más de 217 millones... Las cifras más altas corresponden a las dos religiones tradicionales: sintoísmo (112 millones) y budismo (94 millones). El número de cristianos se pone, curiosamente, en 1.400.000, por encima de las cifras oficiales de las Iglesias católicas y protestante que en este punto son, sin duda, más exactas. Por último, bajo el capítulo de «otras religiones» (donde se agrupan la

\* Sophia University Television Center. Tokyo (Japón).

mayoría de las nuevas religiones) se encuentran 12 millones de «creyentes».

La razón primordial de la discrepancia numérica se halla en la actitud básica de los japoneses con respecto a la religión. Tanto el sintoísmo como el budismo no presentan un dogma al que adherirse, ni un código moral que observar, ni siquiera exigen una asistencia regular a ceremonias religiosas. La práctica religiosa más común en el sintoísmo consiste en la visita multitudinaria a los templos sintoístas el día primero de año. La visita puede durar los pocos segundos que requiere hacer una inclinación de cabeza a la puerta del templo, juntar las manos y formular una petición implorando salud para el resto del año, éxito en los negocios o la admisión en una universidad preferida. Concluida esta breve «ceremonia» el fiel sintoísta ha cumplido sus deberes religiosos hasta el próximo año. El nacimiento de un hijo o un matrimonio en la familia pueden ser ocasión de visitar de nuevo el templo.

El budismo de los monjes e iniciados es camino hacia el «nirvana», el estado trascendente más allá de las vicisitudes humanas y por encima de los turbios deseos del corazón. Pero para la inmensa multitud de los que se declaran budistas, la recitación de los «sutras» no evoca más que una asociación con exequias fúnebres.

A lo largo de la historia, budismo y sintoísmo ejercieron mutuo influjo y coexistieron pacíficamente en algunas ocasiones. En otras, cuando los poderes políticos buscaban su legitimidad en el apoyo de una religión, adoptaban el budismo o sintoísmo según conviniera a sus intereses. Esto ocurrió en la época Meiji (1868-1912), cuando un gobierno absolutista declaró el sintoísmo como religión nacional y entroncó los dioses del panteón sintoísta con la sucesión imperial. En ese período histórico el budismo pasó a ocupar un papel de segundón.

Resumiendo brevemente podemos decir que el sintoísmo representa la tradición y fue la cuna donde nació el nacionalismo japonés. En la mente popular el sintoísmo evoca imágenes de fertilidad, nacimiento y matrimonio. El budismo por su parte se ocupa de los otros momentos de la vida humana: la muerte, los funerales y el más allá. Pero en definitiva ninguna de estas dos religiones «oficiales» satisfacía el sentimiento religioso popular. Ambas religiones acaban refugiándose en el palacio del emperador («supremo sacerdote sintoísta») o en los monasterios budistas donde los iniciados buscan una iluminación esotérica. El pueblo se quedaba fuera, reducido a unas prácticas de las que el sentido religioso se

había esfurcado casi por complejo. Este deseo insatisfecho de experimentar vivencialmente los supuestos religiosos es la base de las nuevas religiones y quizá la razón primordial del éxito que han tenido.

Los primeros movimientos religiosos populares en la segunda mitad del siglo XIX tuvieron que superar el obstáculo de una burocracia que controlaba estrictamente la organización religiosa y que no admitía más que dos religiones: sintoísmo y budismo. Cualquier movimiento religioso tenía que inscribirse oficialmente con las autoridades que los encuadraban dentro del marco sintoísta o budista conforme les pareciera. Más adelante, cuando los poderes occidentales presionaron al gobierno Meiji para que reconociera la libertad religiosa, el cristianismo consituyó la tercera categoría de religiones reconocidas. Poco a poco los movimientos religiosos consiguieron la aprobación oficial bajo el título genérico —y degradante— de «pseudo-religiones». Por fin, al terminar la Segunda Guerra Mundial, la nueva Constitución establecía la separación de Iglesia-Estado, y garantizaba una auténtica libertad religiosa. La desorientación que acompañó la derrota bélica y el desfondamiento del orden tradicional fue caldo propicio donde germinaron multitud de nuevas religiones, algunas tan extrañas como la «Religión de la Electricidad», desaparecida en 1953, que adoraba al «dios electricidad» y consideraba a Tomas Edison como uno de los dioses menores.

La excentricidad de algunas de estas religiones no debe llevarnos al juicio erróneo de considerarlas a todas igualmente superficiales o extrañas. En el fondo de esa exuberancia yace un claro deseo de incorporar elementos religiosos en el quehacer humano. Las austeras demandas del Zen y los arcanos sutras de los monjes budistas quedaban muy lejos del hombre de la calle. Las nuevas religiones vienen a llenar ese hueco, buscando al hombre en el nivel existencial de sus preocupaciones, deseos y temores.

Casi todos los fundadores de estas nuevas religiones empiezan con una experiencia religiosa que en muchos casos presentan como una «revelación» de origen divino. Aunque la mayoría admiten la existencia de un Ser Supremo, no faltan algunas religiones que prescinden de esa problemática.

Los fundadores de las nuevas religiones pertenecen a uno de estos dos tipos: el tipo del «dios viviente» que piensa estar poseído por la divinidad, y el tipo del «profeta» que transmite un mensaje recibido de lo alto. En el primer caso el fundador siente que un dios ha tomado posesión de su

cuerpo, y esta «encarnación» lo convierte en shaman. En el caso de fundadores femeninos el shamanismo es casi universal. Tenrikyo, Omoto y Reiyukai tienen su origen en este tipo de mujeres fundadoras. Entre los fundadores masculinos el shamanismo se da con menos frecuencia. El origen de la religión es un factor decisivo en la continuidad. Cuando un «dios viviente» muere el problema de la sucesión acaba, con frecuencia, en una escisión del grupo original. Aun en el caso de los «profetas», la muerte del fundador marca un momento crítico para la mayoría de las religiones escindidas entre varios candidatos que se presentan como los auténticos continuadores del fundador.

La doctrina que presentan las nuevas religiones es una mezcla ecléctica —con frecuencia confusa e incoherente— de elementos budistas, sintoístas y cristianos. Confucio, Gautama, Sócrates y otros personajes históricos o mitológicos forman parte del santoral. El fundador de «La Ciencia de la Felicidad» («Kofuku no Kagaku»), Okawa Ryuho, de 45 años, afirma que está en comunión con los grandes espíritus de la humanidad. En julio de 1991 se dirigió a una concentración de 50.000 fieles congregados en un complejo deportivo de Tokio, asegurándoles que era el portavoz de Buda. En diciembre del mismo año, ante más de 15.000 miembros de su religión, habló en términos cristianos con un conocimiento de los evangelios y un tipo de exhortación que hizo correr el rumor de que aquel día era Cristo quien hablaba por boca de Okawa Ryuho.

Un rasgo común que apenas falta en ninguna de las nuevas religiones es el elemento mágico. La promesa de recobrar la salud o librar a sus fieles de adversidades e infortunios por medios mágicos o cuasi-mágicos es un reclamo poderoso. El punto central de «Mahikari» («Verdadera Luz»), fundada en 1959, es el rito de purificación («okiyome») que consiste en transmitir la luz divina a través de las palmas de la mano de los iniciados. Esta transmisión purifica de los espíritus malignos y las sustancias tóxicas que se han acumulado en el cuerpo. Danzas, éxtasis, recitación repetida de ciertas fórmulas y el humo de ciertos inciensos son algunas de las técnicas que usan otras religiones.

Con o sin elementos mágicos, las nuevas religiones están dedicadas a solucionar problemas de este mundo. Aunque algunas sectas, especialmente las de inspiración budista, no niegan la vida después de la muerte, la preocupación central de las nuevas religiones son las vicisitudes de la vida terrena. Sentimientos de infelicidad, mala salud, fracaso en los nego-

cios, conflictos sentimentales o familiares son el campo inmediato donde actúan las nuevas religiones.

El aparato administrativo de estos movimientos religiosos se diferencia de las religiones tradicionales en dos puntos básicos: la falta de clero y el proselitismo. Ninguna de las nuevas religiones tiene una «casta sacerdotal». Aunque la autoridad del fundador o fundadora (son muchas las mujeres que dieron origen a estas nuevas religiones) es definitiva e indiscutible, el carácter de estos movimientos religiosos es laical. Existe ciertamente una jerarquía, pero es en función del grado de conocimientos y experiencias del individuo, al margen de una «iniciación sagrada». Los encargados de iniciar a otros son «instructores» o «guías», pero sin el elemento de «ordenación» que prevalece en el sintoísmo, budismo o cristianismo.

La expansión de las nuevas religiones está, por tanto, en manos de todos los seguidores aunque, naturalmente, hay «animadores» que llevan la voz cantante. Mientras que los templos sintoístas o budistas se contentan con esperar a que la gente que vivía en su entorno geográfico (al modo de parroquias) vinieran en busca de sus servicios (bodas o funerales), las nuevas religiones están poseídas de un fuerte espíritu proselitista nunca visto en el mundo religioso japonés. Ir de puerta en puerta, visitar los hospitales, repartir folletos, acosar transeúntes e incluso anunciarse en periódicos y revistas (la radio y TV no pueden hacer propaganda religiosa) es típico de estas nuevas religiones. «Soka Gakkai» («Sociedad de Valores Creativos») se hizo famosa —y detestada— por sus excesos propagandísticos.

Finalmente, algunas de las nuevas religiones han extendido su influjo a la esfera política. El ejemplo más notable ha sido el de Soka Gakkai que formó un brazo político («Komeito») de tal fuerza que actualmente es el segundo partido de la oposición. Sólo el Partido Socialista está por delante. Graves acusaciones de intransigencia, incompatible con una forma democrática de gobierno, forzaron una separación de la rama política y religiosa. En 1970 Komeito se declaró independiente de Soka Gakkai, aunque la separación sea puramente jurídica y los votos del Komeito sigan viniendo de los seguidores de Soka Gakkai. En 1990 la rama religiosa (Soka Gakkai) tuvo serias dificultades con la secta budista Nichiren con la que mantenía un lazo doctrinal. Soka Gakkai se consideró siempre «el brazo laical» de Nichiren. Cuando a finales de 1991 la secta de Nichiren expulsó a Soka Gakkai de su organización religiosa, los directivos de Soka

Gakkai reaccionaron pidiendo la dimisión del Abad Supremo de Nichiren. El conflicto continúa y aún no se ve el comienzo de solución.

Muchas de las nuevas religiones poseen recursos económicos de largo alcance. Y aunque hay grupos —como Rissho Koseikai— que contribuyen con generosas cantidades de dinero a proyectos de ayuda humanitaria dentro y fuera del país, hay otros que usan sus recursos para montar espectáculos grandiosos y levantar edificios costosos que contribuyen a solidificar la cohesión de sus seguidores y atraen nuevos adictos. Agonshu es un típico representante de esta tendencia.

El fenómeno de las nuevas religiones se resiste a un diagnóstico claro. El alejamiento elitista de las religiones tradicionales, la urbanización, la añoranza por algo más allá de las coordenadas económicas y racionalistas, la astucia de ciertos manipuladores de masas y la propensión humana de acudir a poderes sobrehumanos en busca de beneficios tangibles, son causas parciales de este «boom» que los medios de comunicación han dado en llamar «religioso». Si la religiosidad se define como la actitud humana en presencia de la divinidad, habría que descartar a muchos de estos movimientos que se atribuyen el nombre de «religión». Una interpretación más benigna podría detectar en este abigarrado fenómeno de las nuevas religiones una búsqueda del «ser absoluto» que constituya el fundamento de una escala de valores claramente definidos. Escala de valores que no acaba de cristalizar entre las generaciones jóvenes, prisioneras de una moral —y religión— ambivalente. Dos profesores japoneses de Sociología opinan que las computadoras «fuzzy» reflejan la situación actual de la juventud japonesa incapaz de formular una postura moral coherente.

Nakano Osamu y Sengoku Tamotsu creen detectar en el Japón actual una «decadencia moral» que continuará hasta el siglo XXI. Pero creen que esta decadencia desembocará en una renovación espiritual, y que el «animal económico» saldrá de su jaula y se convertirá en un «ser espiritual» abierto a la trascendencia. La proliferación desconcertante de las nuevas religiones sería, en ese caso, un anuncio de primavera espiritual.